

LA NOVELA
CORTA



EL
HASTIO
DE AMOR

„Colombine“

20
CLTS.

N.º 410
Año VIII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 13
Oct. 1923

ADMINISTRACIÓN: MADRID. CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: ANTONIO MANZANERA.- Independencia, 886.- Buenos Aires.

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.- 9.ª Avenida Sur, n.º 8.- Guatemala C. A.

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

EL HOMBRE QUE RIE

(TOMO SEGUNDO)

VICTOR HUGO

NÚMEROS PUBLICADOS

- Núm. 1.-ALEJANDRO DUMAS.-Los mil y un fantasmas.
2.-VICTOR HUGO.-Han de Islandia.
3.-CARLOS DICKENS.-Los tiempos difíciles.
4.-F. DOSTOJEWSKI.-Crimen y castigo.
5.-ALLAN POE.- Aventuras de Arturo Gordon Pym.
6.-ENRIQUE SIENKIEWITZ.-¿Quo Vadis?
7.-IVAN TURGUENEF.-Huevo.
8.-WALTER SCOTT.-El pirata.
9.-ABATE PREVOST.-Maton Lescaut.
10.-HONORATO DE BALZAC.-La piel de zapa.
11.-PONSON DU TERRAIL.-Las miserias de Londres.
12.-FENIMORE COOPER.-El último mohicano.
13.-GABORIAU.-Por el honor del nombre.
14.-WISE MAN.-Fabiola.
15.-LEON TOLSTOI.-Resurrección.
16.-A. DUMAS.-Los tres mosqueteros (tomo I.)
17.-A. DUMAS.-Los tres mosqueteros (tomo II.)
18.-A. DUMAS.-Veinte años después (tomo I.)
19.-A. DUMAS.-Veinte años después (tomo II.)
20.-A. DUMAS.-Veinte años después (tomo III.)
21.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
22.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
23.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
24.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
25.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
26.-A. DUMAS.-El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
27.-CARLOS DICKENS.-El hijo de la Parroquia.
28.-VICTOR HUGO.-El hombre que ríe (tomo I.)

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

132 páginas.

40 cts.

EL HASTIO DE AMOR

NOVELA INÉDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

(ILUSTRACIONES DE BRADLEY)

R-7946-A

I



—¡Qué fastidio!

Al tiempo de pronunciar esta exclamación, Noel Bouton de Chamilly extendió la mano hacia la carta que le presentaba, sobre una modesta bandeja de metal, una criada de cofia blanca y delantal y manguitos de enfermera, y la arrojó, casi sin mirarla, sobre la mesita de fumar.

Un hombre joven, de aspecto cansado, con grandes ojeras, que estaba hundido en la butaca, sonrió al ver el gesto del joven.

—¿Es de tu monja?—preguntó.

—Sí, mi querido Guilleragues—respondió Noel.

—Pues haces mal en despreciarla así; debe ser una mujer encantadora.

—¡Pchs!—respondió sonriendo Noel, halagado en su vanidad de conquistador.

—Te aseguro—siguió Guilleragues—, que me encantan esas cartas de amor ardiente, tan apasionado y tan lleno de complicaciones, dentro de su misma sencillez.

—Puedes leerla si quieres.

—¿Antes que tú?

—¿Qué más da?...

—Sí..., creo que sí...; por lo menos me ha inspirado una pasión ardiente... y guardo en mis recuerdos muchos deliciosos ratos a su lado... Pero créeme,

Guilleraques, no hay nada que sea tan enojoso como uno de esos amores arrebatados y constantes. Es una cosa que envuelve, quema, asfixia... Te aseguro que amaría a una mujer que me despreciase...

Lavergne de Guilleraques disimuló una sonrisa ante la fatuidad de Noel, y abrió la carta.

Era Noel Bouton de Chamilly el quinto hijo de una familia ilustre y arruinada de la Borgoña. La carrera de las armas disimulaba su miseria así como la de sus hermanos, y había tenido que ocultarse en uno de esos conventos, refugio de nobles arruinados. Carlota, tan alegre y cariñosa, que fué su compañera de juegos, se había convertido en la abadesa del convento de Benedictinas de Chalons, y Antonieta y Ana Francisca había ya profesado.

Se encontraba solo, sin más patrimonio que dos castillos en ruinas allí en el solar paterno, y sin más favor que el que le dispensaba su hermano, gobernador de Dijon, y bien visto en la corte.

Gracias a eso había llegado rápidamente a capitán y se había lanzado en la vida de aventuras de los guerreros de su tiempo, pensando en utilizar sus prendas personales y sus papeles de rancia nobleza para medrar con ellos.

Le molestaba aquel nombre prosaico de Bouton, que borraba, saltando sobre él y añadiendo el sonoro Chamilly, el segundo apellido de su madre: caballero Chamilly de Saint-Léger se hacía llamar, y no faltaba quien le llamase conde de Chamilly de Saint-Léger, deslumbrados por su fatuidad y lujo al presentarse, y por la ostentación de un escudo de armas, donde brillaba la divisa "El botón vale la rosa".

Alto, esbelto, con ese aire de petulancia de los "buenos mozos", de pecho sacado y piernas a lomas, en un alarde de bien plantado, Noel había inspirado muchas pasiones a las mujeres. Sabía mentir desesperación y emplear acento tierno cuando el caso lo requería. Resultaba hermoso con su tez blanca, sus finos bigotes rubios y retorcidos y su cabellera rizada.

Su mano era tan cuidada que más parecía de una dama de la corte del enamorado Luis XIV que de uno de sus capitanes.

Aquellos amores fáciles, vulgares, en los que se gastaba y se perdía, lo hacían de todo, le imposibilitaban para el amor. Todos los amores habían llegado a ser para él un juego. Pasaba la vida inventando mentiras, escribiendo cartas a diferentes mujeres, creando novelas llenas de complicaciones sentimentales; pero disgustado de todo.

Se sentía pobre y su pobreza lo humillaba. Su hermano, el gobernador de Dijon, le llamaba a su lado, sin conseguir que fuese, porque el segundón no soportaba la postergación que de su estado resultaba.

Por eso, al acabar la campaña de Flandes, al verse sin ejercicio, Noel se había alistado entre las tropas mercenarias extranjeras que iban a combatir en Portugal al mando de Schomberg, y tomó parte en varias campañas notables, sobre todo en la de Montes-Claros.

Pero si en la guerra se había distinguido, poco supo hacer, notar por su belleza entre las portuguesas. Su estancia allí fué una serie de aventuras, entre las que figuraba la pobre monja que le escribía aquellas cartas.

Era la que más huella había dejado en su espíritu, por las circunstancias que habían coincidido en todo aquel amor. Le daba miedo aquella pasión que de tal manera lo envolvía.

El escándalo que en tono de ella se suscitó vino a favorecerlo para escapar de Portugal y volver a Francia, en ocasión de hacerse la paz entre ésta y España.

Se había presentado en la corte, donde brillaba como una verdadera soberana, la bella duquesa de La Valliere.

La esposa de su hermano, Catharina Le Comte de Nonant, era amiga de la infancia de la duquesa, y ella lo acogió con una efusividad acostumbrada.

Noel tenía en la duquesa de La Valliere la protectora que deseaba.

A veces sentía un movimiento de vanidad ante el excesivo favor de la duquesa. ¿Estaría enamorada de él? A pesar de la fama del amor ardiente que La Valliere profesaba al rey, Noel tenía sus esperanzas.

Luisa de La Valliere, que era excesivamente severa, y a la que perseguían los remordimientos del fanatismo por lo ilegal de su pasión al monarca, no daba ocasión a las murmuraciones; su vida era honesta, dedicada al amor de sus hijos, y sufriendo los celos por el desamor del amante regio, que ya tenía hijos de la Montespan, y comenzaba a fijarse en la institutriz, mademoiselle Scarron, que había de ser su esposa morganática con el título de duquesa de Maintenon.

No se le ocurría al bello capitán que el favor de La Valliere no era hijo del enamoramiento que estaba acostumbrado a causar a las mujeres vulgares, y sólo se debía a la amistad de la infancia que con su cuñada la ligara.

La duquesa le había ofrecido un título de marqués que, firmaría Luis XIV tan pronto como el joven volviese de desempeñar el honroso cargo que le asignó su influencia en la expedición a Gandía.

La fortuna le sonreía, y para su coronamiento pensaba en el amor de la hermosa duquesa, tan delicada, tan blanca, tan rubia, con su angelical guirnalda de bucles de oro.

Eso no le impedía el sostener entretanto, con el mayor sigilo, otros alegres amores que no podían llegar a oídos de la favorita. La resistencia de la famosa bailarina Subligny, lo tenía furioso. Era, según sus recuerdos, la primera mujer que le resistía.

Guillermo acabó la lectura de la carta con un grito de admiración.

—Te aseguro—exclamó—que no existe en toda esta literatura de cartas que ahora está en moda nada que sea comparable a esto. Es de una pasión profunda, alucinada, loca. Se ve bien que esta pobre monja extranjera no ha sido educada en la escuela de lo tierno, gracioso y sutil de nuestras "jansenistas del amor", como les llamó Ninón de Lenclos.

—¿Crees eso?

—¿Qué duda cabe? Si estas cartas se publicaran producirían un escándalo en todos los salones y alcobas, por las que se prolonga la influencia de la "Cámara azul", de la señora Rambouillet.

—Exageras; quizás resultarían pecaminosas para los oídos delicados de nuestras preciosas.

—No lo creas. Es la época de las cartas. Ya ves las que han escrito las señoras de Sablé, la mariscalda Schomberg, la señora de Sevigné y el éxito de la señorita de Launay, a mujer de moda hoy en París y sólo por haber escrito una carta maliciosa al señor de Fontelle. La divulgación de esa carta le ha dado la reputación de fino talento de que goza.

—Pero esto es otra cosa.

—Claro; esta es una hermosa rosa llena de perfume, de color, de encanto, que has cogido en el campo para añadirla a tu escudo.

—Si yo estuviera enamorado de Mariana, me darías celos, Guílleraques.

—¡Y con razón!

—Pues yo no comprendo el encanto de estas pasiones tan volcánicas. Me encuentro dentro de ellas como la mosca que cae en un barril de miel. Tanto huelzo empalaga.

—¿Te gustan las mujeres frías e indiferentes?

—No. Veo que no me he explicado bien. Me gusta una mujer que sepa resistir, que dé la emoción de la dificultad y que caiga en mis brazos llena de

pasión..., una gran pasión..., pero que no pretenda ser eterna. Un fuego siempre ardiendo es insoportable.

Guilleraques, como hombre acostumbrado a explotar a los amigos haciéndose el complaciente, creyó llegada la hora de no insistir.

Era un gentilhombre gascón, secretario de Cámara y del gabinete del rey, muy bien relacionado con Racine, Boileau y la señora de Sevigné a causa de dirigir él "La Gaceta de Francia". Pero Guilleraques era un glotón y un aventurero al que no bastaba nada. Siempre estaba arruinado y teniendo que vivir a expensas de los muchos amigos que lo estimaban por su gracia y la espiritualidad de su conversación amena.

El se orientaba como una brújula para saber de qué lado podía llegarle el favor. La privanza de Chamilly con la favorita del rey lo atraía de aquel lado, y de otro, no perdía su amistad con Francisca D'Aubigné, viuda del poeta Scarron, cuyo superior talento esperaba que eclipsase bien pronto a todas las favoritas de Luis XIV.

Aquella historia de las cartas le interesaba por muchos conceptos.

—Puesto que no eres celoso—dijo—cuéntame esa aventura.

II

Noel había conocido a Mariana Alcoforado en Portugal de una manera casual.

El ejército francés estaba reconcentrado en Beja, como el punto más estratégico para su aprovisionamiento y cercano a la frontera de España.

Una tarde, ejecutando maniobras en la ancha planicie que se abría entre el viejo convento de la Concepción y las puertas de Mertola, el joven levantó la cabeza y divisó a las monjas, que los contemplaban desde lo alto de un mirador.

Las pobres jóvenes enclaustradas veían desde allí maniobrar a los tercios, con sus uniformes variados y centelleantes: escarlata unos, verdes otros, algunos cubiertos de pasamanerías multicolores; otro, ostentando cruces y bandas. Veían caracolear a los bellos oficiales jóvenes, hidalgos, cuyas miradas atrevidas iban a través de la reja a turbar la calma de aquellas palomas del señor.

Chamilly se hacía notar entre todos por su apostura. Cuando levantó la cabeza hacia el mirador del viejo convento sorprendió todas las miradas fijas en él. La belleza de Mariana lo deslumbró; lo alucinaron aquellos dos grandes ojos color tabaco, que se clavaban en los suyos, con una fuerza de sonámbula hipnotizada. Era la mirada de la revelación, la primera palpitación de un alma virgen que se escapaba por sus ojos. No se le veían los caecillos, pero la tez morena, empalidecida por la sombra del claustro, tenía una transparencia de porcelana. El dibujo de la nariz y de los labios, gordezuelos y rojos, era perfecto. La silueta de la

monja se destacaba alta, esbelta y graciosa en medio de la luz dorada y el dulce ambiente de la campiña.

De pronto la mirada se desvió y la religiosa sonrió con un ligero saludo a un joven oficial portugués.

—Es mi hermana—dijo éste.



Cuando Chamilly volvió a levantar la cabeza, la visión había desaparecido.

El saber que la monja era hermana de su amigo Miguel Alcofarado, fué un aliciente más a su pasión. Se trataba de una joven hidalga de la mejor nobleza, cosa que para sus preocupaciones le prestaba mayor atractivo.

Era una descendiente de reyes.

Su amigo tenía un escudo de nobleza, ajedrezado en campo de plata y azul, con un *águila extendida*, que revelaba su descendencia del paje noble Antonio Alcafarado, hijo bastardo del rey Fernando.

Una historia romántica rodeaba la memoria del paje-noble al que asesinó el duque don Jaime de Braganza, al mismo tiempo que a su esposa doña Leonor de Mendoza, hija de los duques de Medina Sidonia.

Descubierta luego la perfidia de doña Juana de Guzmán, que enamorada del paje tramó el engaño para que el duque celoso asesinase al joven y a la duquesa, don Jaime protegió a la familia, que no quiso seguir en la corte y se trasladó a Brja, conservando el culto de su abuelo.

Se habían sacrificado a cultivar el recuerdo de su grandeza. Los hijos, durante generaciones, fueron todos militares o sacerdotes, y las hijas se destinaban, con raras excepciones, al convento.

No había que debilitar el mayorazgo a fin de que mantuviese la grandeza de la familia. Algunas niñas las llevaban a los dos años a convento y la previsión del padre de Mariana *l* había hecho declarar: "Si algún sucesor cometiera el crimen de lesa majestad, divina o humana, perderá los derechos de morgado dos horas antes de cometer el crimen."

Mariana era una de aquellas niñas encerradas en el convento, víctima de la superstición y del peso de una tradición nefasta.

No había que vencer sólo para acercarse a ella las dificultades de la clausura, muy relajada entonces en Portugal, sino las que ofrecía el tener una familia celosa de su honor y un hermano que era, a la vez, su amigo y su compañero de armas.

Pero todas las dificultades eran mayor incentivo para el enamorado Chamilly.

En vano pasaba y repasaba ante los altos miradores y los fuertes muros del convento, sin lograr ver a Mariana.

La pasión lo llevaba a asistir devotamente a las misas y novenas que tenían lugar en aquella iglesia, donde el cuidado de las monjas parecía dejar ese aroma de mujer casera que hay en el comedor de los burgueses recién casados.

Desde allí dirigía las miradas a los coros donde estaban las monjas. El se apoyaba contra un pilar, destacando del fondo de la iglesia su esbelta figura y su bello uniforme. La vanidad le hacía creer que ellas lo veían, y que se distraían de sus oraciones por mirarlo.

Eran dos coros, uno al nivel del pavimento y el otro a media altura, pero en ninguno de ellos, defendidos por celosías, podía penetrar su mirada.

Era un verdadero pueblo en el que había 211 mujeres, entre monjas y servidoras, y 5 frailes con sus mozas de servicio.

Valiéndose de aquellas servidoras, Noel logró entrar en el locutorio y hablar con Mariana, fingiendo ser su hermano. Las entrevistas se multiplicaron y al fin pudo tener los medios de penetrar de noche hasta la celda de su amada.

La joven, que había entrado allí a los dos años, tenía su celda aparte del gran dormitorio, cuyas llaves guardaba de noche la abadesa, gracias a las consideraciones que los donativos de su familia le granjeaban.

Noel, a pesar de su cinismo, no podía dejar de sentirse impresionado cada vez que penetraba en aquella antesala que daba entrada al locutorio para introducirse, como un ladrón, por la pequeña puerta de la clausura.

Tenía que atravesar todas las dependencias del convento en sombras; aquella amplia sala del capítulo, decorada de azulejos y ladrillos, con su imponente arquitectura árabe y manuelina.

Allí mismo estaba la capilla del Cristo Crucificado, que adoraban aquellas mujeres con todo ardor, que hacía poco murió una que dormía allí, sobre el suelo, a los pies de la macerada imagen.

Era allí donde Mariana le contaba que iban a disciplinarse cruelmente las monjas, por orden del confesor, para apagar los incendios de la carne.

Por atrevido que fues, Noel era creyente, tenía hermanas religiosas, y aquel trayecto lo amedrentaba, con el recuerdo de todas las leyendas de sacrílegos castigados, por ir a turbar la heroica empresa de las vírgenes que querían vivir solas con el esposo divino, totalmente abstraídas del comercio con las criaturas.

Pero todo se desvanecía cuando llegaba al lado de Mariana. La belleza sana, fragante y sin artificios de la joven, que pronto había de cansarlo, le seducía. Le encantaba aquel amor ardiente, inocente, en el que todo eran sorpresas para ella. Noel no le revelaba sólo el amor, le revelaba una existencia nueva.

Ella le hablaba también de un mundo que él no conocía, el mundo de las monjas, con sus supersticiones, sus pequeñas intrigas, su emulación devota. Le revelaba los terrores y la tortura, el tedio y la desesperación de aquellas criaturas encarceladas, condenadas a un sacrificio perpetuo e incomprensible, y encadenadas todas a un mismo destino.

El percibía en aquel paraíso de flores místicas, iluminadas por la gracia, las palpitaciones de un ardiente amor de mujer, disfrazado de místico.

A veces se sorprendía de oír hablar a Mariana, en su inocencia, de una manera más libre que todas las mujeres perversas que conoció.

La joven le hablaba de tentaciones de la carne, valerosamente reprimidas. Según una antigua abadesa, doña Catalina de Aragón, no era pecado *sentir*, sino *consentir*.

Le hablaba de sus compañeras como si él las conociese. Ana María de Santa Teresa se flagelaba continuamente. Giciomar de Jesús era una solitaria contemplativa, siempre elevada en la adoración de la celestial hermosura. Mariana de la Purificación, Inés del Rosario, María de Cristo y Luisa de los desposorios del Espíritu Santo, eran tan silenciosas que nadie las oía hablar.

Leonor de los Mártires tuvo la visión de un hombre que llevaba otro a cuestas. Micaela de los Angeles era ayudada en sus tareas por el niño Jesús, y a veces la oían exclamar, dirigiéndose a él:

— ¡Estaos quieto! ¡Qué travieso estais!

Rosa de la Pasión estaba enamorada de un lindo San Juan Bautista y se pasaba las noches en vigilia y los días en ayuno ante el cuadro.

La misma abadesa expresaba su amor místico diciéndoles:

— Tales ansias y deseos me dominaban, que ya no cabían en mí ni podía con tanta fuerza de amor y deseaba ir a pregonarlo por todo el mundo. Felizmente me aplacó mi Esposo estas llamas, dándome lugar para mi retiro donde me recogí al corazón de mi Esposo, logrando del amor Divino favores y regalos tan grandes, que no me atrevo a dar de ellos la más mínima noticia.

El capitán escuchaba todos esos relatos voluptuosos gozando las delicias de uno de aquellos amores histéricos. Los nombres de las monjitas lo cautivaban con su poesía, y a pesar de su significado santo, los unía en su imaginación con los nombres poéticos de las orientales y de las princesas de los cuentos persas.

Mariana se exponía en sus amores a los severos castigos que el código del convento les asignaban: Sólo por una negligencia en el coro o en los oficios se las castigaba a penitencia de pan y agua o de disciplinazos. Tener relaciones externas se penaba en la casa de corrección y por estar a solas con un hombre caían en la pena de excomunión y diez años de cárcel. Además su familia no dejaría de tomar venganza de Noel.

El joven estaba encantado en aquel medio de peligros y de amor fuerte, acre e insospechado. Una mujer más experta que Mariana hubiera podido retenerlo más tiempo; pero ella dejó al capitán libar toda la miel de sus amores sin guardar nada que pudiese interesarle.

No tardó Noel en estar cansado, aburrido, deseando acabar aquella situación.

mientras ella, cada día más enamorada, se aferraba con mayor fuerza a su amor.

Los transportes de la joven despertaban la pasión de Noel, dejándolo sin fuerza para plantear la separación.

Una carta de su hermano Herard Bouton, fué el pretexto para escapar de allí, precisamente en el momento que se descubrían los amores de otros varios oficiales con novicias y niñas nobles de la localidad, produciéndose el escándalo que obligó al infante don Pedro, futuro soberano, a dar órdenes para que la caballería francesa saliese de Beja.

La despedida fué tierna y apasionada. Noel se dejó conmovir y juró amor eterno y una próxima vuelta a Mariana, a la que dejó desmayada y próxima a morir.

Después... ¡aquello había sido una aventura! Le escribió, por cumplir, algunas cartas frías y breves. Estaba cansado de aquellas cartas lacrimosas, llenas de convenciones encubiertas. Le habían hastiado aquellas cartas. Si no le hubiera escrito nunca, tal vez la recordaría con placer. Pero las cartas le cansaban, le fatigaban, le traían más que la visión de la amada blanca, con la caballera corta y los ojos y labios de pasión, la visión de aquel convento tético, donde todo un centenar de mujeres se consumía en delirios y ansias, tal vez despiertas por la visión de sus cuadros, que les daban el espectáculo del amor de la Sagrada Familia, la belleza de San Juan y la maternidad de la madre que amamanta a Jesús.

Noel sentía el hartazgo del amor de la monja, como si ésta le ofreciese en su copa la condensación de todos aquellos amores fracasados.

III

La linda Subligny se colocaba una rosa en los cabellos, arqueando graciosamente los dos brazos para sujetarla, ante el gran espejo de su camerino.

Fingía no ver a Noel Bouton de Chamilly, que se acercaba lentamente a ella, y sin embargo le sonreía, con sus labios pintados, enviándole una mirada enloquecedora.

El joven la abrazó por el talle.

—¡Loco!...

Se volvió azotándola con la rosa, que lloró las gotas de agua guardadas entre sus pétalos y se deshojó lentamente hasta no quedar más que el tallo entre los dedos de la bailarina.

—¡Pobre rosa!

—“El botón vale la rosa”—dijo el joven, aludiendo a su divisa.

—En este caso no.

—Eres cruel...

—No quiero ser desgraciada.

—Pero me has dicho ayer que me amabas.

- No... que te amaría...
 - ¿Qué necesitas para ello?
 - Fe en ti.
 - ¿No sabes que sólo por ti vivo?
 - Guilleraques me ha hablado de unas cartas...
 - Sí... de una pobre mujer a la que tú me has hecho olvidar.
 - Cartas de enamorada...
 - Cartas de abandonada.
 - No lo creo...
 - Sé piadosa, Alicia, no hablemos más de esto. Mañana parto para Gandía...
 - Por el favor de otra dama.
 - La duquesa es amiga de mi cuñada. Ya sabes lo adusta que es.
 - ¡Si supiera lo de las cartas!
 - Estoy seguro que me negaría su protección.
 - ¿Por celos?
 - No, por su misma severidad.
 - ¿Partes mañana?
 - Sí... parto... pero no quiero partir sin el consuelo de saber que me amas, que puedo esperar. Volveré con ascenso, la duquesa me ha ofrecido el marquesado... Serás mi esposa.
 - Entonces hablaremos.
 - No. Ahora o nunca.
 - La bailarina perdía terreno.
 - Te amo... pero...
 - Necesito la prueba antes de partir.
 - No...
 - Entonces no volverás a verme.
 - Pero...
 - Quiero que seas mía por entero antes de irme...
 - ¿Y luego... si me olvidas?...
 - Te juro cumplirte mi palabra.
 - ¡Lo habrás jurado tantas veces!
 - Nunca así.
 - ¿Y a la monja?
 - Tampoco.
 - Es inútil que hablemos si no me entregas esas cartas.
 - Y si te las entrego...
- Ella pareció dudar. Incluyó graciosamente la cabeza y con los ojos entornados, casi sin mover los labios, susurró:
- Será lo que tú quieras.
- Chamilly compraba aquella mujer con las cartas de la infeliz religiosa.

IV

La duquesa de La Valliere estaba sola en su gabinete. Su situación era cada vez peor. Amaba apasionadamente a Luis XIV y veía cómo cada día era mayor el desvío y el abandono que le manifestaba.

Los dos hijos que tenía del rey, la señorita de Bléis, de ocho años, y el señor Almirante, duque de Vermandois, de seis años, tenían su suerte asegurada por el monarca; pero ella no podía ver sin celos que tuviesen otros hermanos que no fueran hijos de la reina.

Los hijos de la reina eran hijos del deber, los suyos del amor. No consentía en partir esta felicidad con nadie.

Siempre había recelado de las galanterías de Luis XIV con la duquesa de Fontanges y con madame de Montespan, la altanera hija del duque Mortemar, que tan bien sabía ocultar sus deslices; pero le acababan de revelar que Luis XIV tenía con ella varios hijos, a los cuales educaba la linda viuda Scarron, de la que el rey se mostraba enamorado.

La joven viuda, futura madame Maintenon y reina de Francia, cuidaba a los niños con tanta ternura, que el rey había dicho:

—¡Cómo sabe amar! ¡Quisiera ser amado de ella!

Y, sin embargo, nada conseguía de la virtuosa viuda.

La Valliere sentía celos, vergüenza, despecho. Ella no había sabido hacerse amar del rey para ser la única en su alma, y su pasión no le consentía soportar rivales.

Católica exaltada, sentía grandes remordimientos por su amor adúltero. Enrojecía ante la corte, que la adulaba; temía a la reina y era siempre dulce y tierna, sumisa para su amante. ¿Cómo podía él desear otra ternura?

Tomó el libro de devociones y se dejó caer de rodillas en su reclinatorio. Quería buscar paz y consejo en la oración para su atribulado espíritu.

Sus ojos se fijaron en el libro. Se le escapó un pequeño grito y se puso de pie.

De su libro de oraciones no tenía más que la tapa. El texto piadoso había sido sustituido por un texto profano. Eran unas cartas de amor impresas con el título de "Cartas portuguesas" lo que tenía en la mano. ¿Qué significaba aquello? ¿Una nueva infidelidad del rey? En la primera página se leían manuscritas estas líneas: "Lee, duquesa de la Valliere, lee esas cartas que dirige a tu protegido, el bello Noel Bounton de Chamilly, una pobre monja portuguesa a la que él ha seducido sacrilegamente, y ha cometido la villanía de abandonar. Lee, Luisa Francisca de la Baume Le Blanc, lee, medita y piensa en el castigo de Dios".

La duquesa sintió miedo, extendió la mano para tirar del cordón de la campanilla y llamar, pero se detuvo. El libro la atraía.

Se sentó cerca de la bujía y leyó con avidez.

PRIMERA CARTA (1)

¡Considera, amor mío, que fuiste excesivamente descuidado!

¡Ay, desventurado! ¡Tuviste esperanzas fementidas y con ellas me engañaste! Una pasión en la que bordaban tan deliciosos proyectos, sólo puede darte ahora una mortal desesperación, apenas comparable a la crueldad de esta ausencia.

¡Ha de privarme para siempre este destierro, para el cual todo el requiate de mi dolor no halla nombre bastante funesto, de embeberme en esos ojos en los que veía tanto amor y que me hicieron conocer éxtasis que me llenaba de contento, que lo eran todo para mí y que me bastaban para vivir?

Mis ojos perdieron en los tuyos la única luz que los alumbraba. Sólo me restan lágrimas; no les he dado más empleo que el de llorar continuamente, desde que supe que estabas resuelto a una separación, tan insoportable para mí, que pronto me matará.

Y a pesar de todo, me parece que tengo algo de enamoramiento y de apego a las penas que provienen de ti.

—Desde que en ti descansaron mis ojos te consagré toda mi vida y siento al sacrificarme por ti un placer místico.

Mil veces al día te buscan mis cansados suspiros y no me traen, los tristes, otro alivio a tantas tribulaciones que el aviso, crudamente sincero, de mi desventura, que no me consiente una esperanza, y me repite en todos los instantes:

Deja, deja de consumirme en vano, ¡infeliz Mariana! Deja de anhelar un amado que no tornarás a ver, que pasó el mar para huir de ti, que está en Francia en medio de los placeres, que no piensa un momento en tus penas, que te dispensa de todos esos transportes y que ni sabe agradeceréte los."

Pero no.

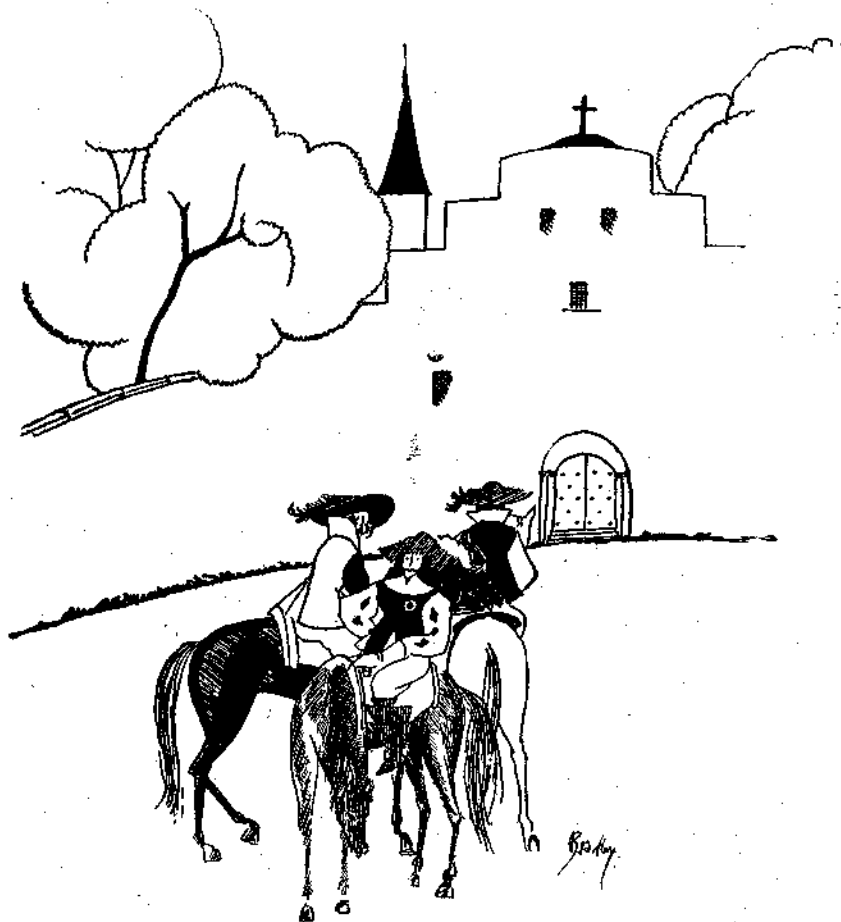
No puedo resolverme a pensar tan mal de ti. Estoy muy interesada en justificarte. ¡No quiero imaginar que me hayas olvidado!

¡No soy ya bastante desgraciada sin torturarme con falsas sospechas?

¡Por qué me he de esforzar en apagar de la memoria todos los desvelos con que te esmerabas en probarme tu amor? ¡Ay, me deleitaban tanto, que sería bien ingrata si no te amase aún con los mismos arrobamientos a que me elevaba mi pasión cuando lograba pruebas de la tuya!

¡Cómo es posible que recuerdos de tan dulces momentos se tornen tan amar-

(1) Estas cartas son las auténticas de la monja portuguesa Sor Mariana Alcoforado, célebres en la literatura de todos los idiomas, y que por primera vez se traducen al español.



gos y que, contra todo lo natural, sirvan solamente ahora para dilacerarme el corazón?

¡Pobre de él! Tú última carta lo puso en un estado singular. Tales saltos me daba en el pecho que parecía forcejear por arrancarse de mí y volar a ti.

Tan quebrantada quedé de todas estas emociones violentas, que más de tres horas estuve privada de los sentidos.

Era como si me defendiese de volver a la vida que debe perder por ti, ya que para ti no puedo conservarla.

Con pesar volví en mí. Me halagaba sentir que moría de amor y era feliz, al fin de ver cesar de flagelarme el alma el dolor de tu ausencia.

Después de tales conmociones he sufrido muchas enfermedades, pero, ¿puedo yo vivir sin males mientras no te vea? Los soporto sin murmurar, porque pro-

vienen de ti. ¡Cuidada de mí! ¿Es esta la recompensa que me das por haberte tan cariñosamente amado?

No importa.

Estoy decidida a adorarte toda la vida y a no querer a nadie más.

Te digo que harás bien, igualmente, en no amar a otra. ¿Podrá, por ventura, satisfacerte una pasión menos ardiente que la mía?

Encontrarás tal vez más hermosura—a pesar de que entonces me decías que yo era bonita—pero no encontrarás nunca tanto amor... y todo lo demás es nada.

No lencs tus cartas de cosas inútiles y no vuelvas a decirme que me acuerde de ti.

Yo no puedo olvidarte ni me olvido tampoco de que me hiciste esperar que vendría a pasar algún tiempo conmigo.

¡Ay! ¿Por qué no quieres pasar conmigo toda tu vida?

Si yo pudiese salir de este aborrecido convento, no esperaría en Portugal, no, a que se cumpliesen tus promesas...

Iría, sin escrúpulos, a buscarte, a seguirte y a amarte por todas partes.

No oso pensar que eso fuese posible. No quiero nutrir una esperanza que me daría algún alivio, y no quiero más que entregarme a las penas de este infortunio.

Te confieso, sin embargo, que la ocasión que me proporcionó mi hermano de escribirte me causó un alegre alborozo y suspendió un momento la desesperación en que vivo.

Te conjuro a que me digas porqué te esforzaste en hechizarme tanto, sabiendo que me tenías que abandonar un día. ¡Ay! ¿Por qué te encarnizaste en hacerme desgraciada? ¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento? ¿Te hice yo algún mal?

Perdóname, amor mío. De nada te culpo. No estoy en condiciones de vengarme de ti y acuso solamente al rigor de mi destino. También... separándonos, parece que nos hace todo el mal que podríamos esperar de él.

No conseguirá separar nuestros corazones. El amor, que puede más que él, los unió para toda la vida.

Si algún interés tienes por la mía, escríbeme muchas veces.

Bien merezco que pongas algún cuidado en informarme del estado de tu corazón y de tu vida.

¡Ah! Sobre todo... ven a verme. Adiós: no puedo resolverme a dejar este papel que va a caer en tus manos.

¡Quisiera tener yo esa dicha! ¿Qué locura la mía! Bien sé que no es posible. Adiós; no puedo más.

Adiós.

Amame siempre.

Y haz padecer, aún más todavía, a tu pobre.

Mariana.

SEGUNDA CARTA

Tu teniente me acaba de decir que una tormenta te ha hecho arribar al Algarve.

Recelo que hayas sufrido mucho en el mar, y esta aprensión tan vivamente me absorbió, que no he pensado en mis penas.

¿Imaginas acaso que tu teniente se interese más que yo en lo que te sucede?

¿Por qué está él mejor informado y por qué no me has escrito?

Bien desgraciada soy si, para hacerlo, no has tenido ocasión desde que partiste y, más aún, si teniendoo no me escribiste.

Me duelen tu injusticia y tu ingratitud, pero me pesaría, sin embargo, que ellos te acarreasen alguna desgracia.

Prefiero que queden sin castigo a que me venguen.

Resisto a todas las señales que debieran convencerme de que no me amas, y me siento más inclinada a entregarme ciegamente a mi pasión que a los motivos que me das para lastimarme con tu frialdad.

¿Cuántas mortificaciones me hubieses ahorrado si tu conducta hubiese sido tan esquila los primeros días en que te vi, como me ha parecido desde hace algún tiempo!

¿Pero quién no se desvanecería con tantos extremos y quién no los creería sinceros?

¿Cuánto cuesta y cuánto tarda el resolverse a sospechar de la lealtad de los que amamos!

Yo bien veo que la menor disculpa te satisface, y sin que te tomes la molestia de justificarte, el amor que te tengo te sirve tan fielmente que no puedo consentir en creerte culpable, sino para gozar el inefable placer de justificarte y propia.

Me consumiste con la porfía de tus galanteos, me abrasaste con tus transportes, me hechizaste con tus finezas, me rindieron tus juramentos; me sedujo mi inclinación violenta, y la continuación de estos principios tan serenos y tan felices no son más que lágrimas, cansados suspiros, una muerte funesta sin que yo pueda encontrar remedio.

Es cierto que logré delicias no imaginadas amándote, pero me cuestan ahora bien desmedidas penas.

Son siempre excesivas todas las emociones que me causas.

Si hubiera resistido obstinadamente a tu amor, si te hubiera dado cualquier motivo de pesar o de celos para inflamarte y prenderte más, si hubieras notado en mí cualquier esquivéz artificiosa, si yo hubiera querido, en suma, oponer mi razón a la inclinación natural que hacia ti me impelia y que luego me hiciste

notar— aunque mis diligencias hubiesen sido inútiles, sin duda—, podrías entonces castigarme severamente y abusar de tu poder sobre mí, con muestras de justicia.

Pero me parecías digno de mi amor antes que me hubieras dicho que me amabas. Me mostraste una gran pasión, me sentí deslumbrada y me abandoné a amarte perdidamente.

No estabas ciego como yo. ¿Por qué me dejaste caer en esta mísera condición en que ahora me veo?

¿Qué querías tú hacer de todos mis transportes que no podrían dejar de serte importunos por su misma exageración?

Sabías perfectamente que no habías de permanecer siempre en Portugal.

¿Por qué me elegiste para ponerme tan desgraciada?

Encontrarías, sin duda, en esta tierra cualquier mujer más hermosa, con la que gustases los mismos placeres—puedo que solamente los proseros buscabas—, que te amase fielmente mientras estuvieses con ella, y a la que el tiempo pudiese consolar de tu ausencia; la podrías haber dejado sin alevosía y sin crueldad.

Tu comportamiento es más propio de un tirano obstinado en perseguirme que de un amante que sólo piensa en cautivar.

¡Ay! ¿Por qué tratas con tanto rigor un corazón que es tuyo?

Veo que es tan fácil que te inclines en contra mía como yo lo fui a dejarme vencer en tu favor.

Sin necesitar valerte de todo mi amor, y sin querer saber si harías por mí alguna cosa extraordinaria, yo hubiera resistido fácilmente a mayores razones de las que te movieron a dejarme.

Me hubieran parecido muy débiles y no hubiera habido ninguna que me hubiera podido arrancar de tu lado.

Pero quisiste aprovechar lo primeros pretextos que se te ofrecían para volver a Francia.

Partía un navío.

¿Por qué no lo dejaste partir?

Te escribía tu familia.

¿No sabes las persecuciones que sufrí de la mía?

Tu honra te obligaba a dejarme.

¿Cuidé yo de la mía?

¿Tenías que ir a servir a tu rey?

Si cuanto dicen de él es verdad no tiene necesidad de tu auxilio, y te hubiera dispensado de él.

¡Ay, qué ventura la mía si hubiésemos pasado la vida juntos!

Mas ya que era fatal que una cruel ausencia nos apartase, creo que debo complacerme, al menos, en no haber sido infiel, y no quisiera, por cuanto hay en el mundo, haber practicado una acción tan negra.

¿Cómo, habiendo conocido el fondo de mi corazón y de mi ternura, pudiste resolverte a dejarme para siempre y exponerme a los terrores de que no te acuerdes más de mí..., sino para sacrificarme a una nueva pasión?

Sé que te amo como una loca.

No me quejo de esta furia insana de mi corazón.

Me acostumbré a sus tribulaciones y no podría vivir sin este placer, a que me apego, de amarte en medio de mis penas.

Pero me atormenta sin cesar el enojo y el disgusto que me causa todo...

Mi familia, mis amistades, este convento, todo se me ha tornado insoportable.

Me es odioso cuanto estoy obligada a ver y cuanto es necesario que haya.

Tan dominada me siento por mi pasión, que me parece que todas mis acciones y todos mis deberes te pertenecen.

Si; tengo escrúpulos de no emplear en ti todos los momentos de mi vida.

¿Qué haría, cuitada de mí, sin tanto odio y sin tanto amor como me arden el corazón?

¿Podría acaso sobrevivir a lo que incesantemente me absorbe, para llevar una vida tranquila y descuidada?

¡Ay! No podría, no, conformarme con ese vacío y con esa indiferencia.

Todo el mundo ha reparado en la completa mudanza de mi genio, mis maneras y mi persona.

Mi madre me habló de esto al principio con asperezas y después con algún cariño.

No sé lo que le respondí.

Creo que le confesé todo.

Las monjas, más austeras, se compadecen de mi estado. Las mueve a una cierta contemplación, a una cierta piedad por mí.

A todas conmueve mi amor; sólo tú persistes en una profunda indiferencia.

No me escribes sino cartas frías, llenas de repeticiones, con la mitad del papel en blanco, dando groseramente a conocer que muero por terminarlas...

Doña Brites, tanto me porfió estos días pasados por hacerme salir del cuarto, que pensando distraerme me llevó a la terraza, desde donde se ven las Puertas de Mertola.

Fuí, y en seguida me asaltó un recuerdo cruel que me hizo llorar todo el resto del día.

Me trajo otra vez al cuarto y me eché sobre la cama reflexionando en las pocas esperanzas que tengo de curarme un día. Lo que hacen por aliviarme encona mi dolor, y en los propios remedios encuentro motivos para affigirme.

Te vi desde allí pasar con aires que me hechizaron; yo estaba en aquel mirador el día fatal en que comencé a sentir los primeros efectos de mi desventurada pasión.

Me parecía que deseabas agradarme, puesto que no me conocías aún.

Me persuadí de que reparabas en mí, entre todas mis compañeras.

Imaginé que cuando pasabas te gustaba que te viese bien y que admirase tu destreza y tu garbo cuando hacías caracolear al caballo.

Si lo obligabas a hacer algún paso difícil me asustaba.

En fin, tímidamente me interesaba en todas tus acciones.

Sentía que ya no me cras indiferentes y tomaba como cosa mía cuanto hacías.

¡Ay! Demasiado conoces la continuación de estos comienzos, y aunque ahora nada tengo que guardar no debo recordártelos por temor de hacerte más culpable, si es posible, de lo que has sido, y de tener que reprenderme por tantas diligencias inútiles como hice para que me fueses fiel. No lo serás no.

¿Puedo esperar, por ventura, de mis cartas y de mis lamentos lo que mi amor y mi entrega no pudieron contra tu ingratitud?

Estoy bien cierta de mi desventura.

Tu comportamiento injusto no me deja la menor probabilidad para dudar de él, y debo temerlo todo, puesto que me dejaste...

¿Avaso no tendrás encantos más que para mí y no se clavaron en ti otros ojos?

Creo que no me pesará que los sentimientos de otras justifiquen de algún modo los míos, y ve tú la contradicción de este alma: quisiera que todas las mujeres de Francia te hallasen adorable y que ninguna te amase y a ti no te gustara ninguna.

Es ridícula e imposible esta idea. Lo sé.

Además he experimentado que no eres capaz de una gran afección y que podrás olvidarme sin ningún esfuerzo y sin que te obligue a eso una pasión nueva.



Tal vez quisieras, a pesar de todo, tener algún pretexto razonable... Es verdad que yo sería más desgraciada, pero tú serías menos criminal.

Veo que permaneces en Francia sin grandes placeres, en una entera libertad. Te retienen: la fatiga de un largo viaje, alguna pequeña conveniencia y el recelo de no poder corresponder a mis ardientes transportes.

¡Ay, no lo temas!

Me contentaré con verte de vez en cuando y con saber que estamos en la misma tierra.

Pero me entusiasmo, naturalmente, y ¡quién sabe si te habrán encantado más que mis finezas el rigor y la esquivaz de alguna otra!

¡Será posible que te inflamen más los malos tratos!

Antes, sin embargo, de empeñarte en una gran pasión, piensa bien en el exceso de mis penas, en la incertidumbre de mis proyectos, en la contradicción de mis emociones, en la extravagancia de mis cartas, en mis esperanzas y en mis desesperaciones, en mis saudades y en mis celos...

¡Mira que vas a sufrir mucho!

Te conjuro a que aprendas en este ejemplo que te estoy dando y que, a lo menos, no te sea inútil todo lo que padezco por ti.

Me hiciste, hace cinco o seis meses, una confesión molesta; me dijiste, muy francamente, que amabas a una señora de tu país.

Si es ella la que te impide volver, dímelo sin escrúpulo, para que yo me constuma más aún.

Me asiste aún un resto de esperanza y preferiría, si no debe realizarse, perderla enteramente y perderme yo con ella.

Mándame el retrato de esa señora con alguna de sus cartas.

Cuéntame lo que ella te dice.

Hallaré en eso, tal vez, motivos para consolarme o para atormentarme más.

No puedo continuar en este estado, y no hay mudanza que me sea beneficiosa.

Quisiera poseer también el retrato de tu hermano y el de tu cuñada.

Me es querido todo lo que es algo tuyo. Me siento enteramente dedicada a cuanto te concierne. No me pertenezco en nada.

Momentos hay en los que me parece que me resignaría a servir, sumisa, a la que amas.

Tanto me han quebrantado tus malos tratos y tus desprecios que a veces no me atrevo a pensar que pueda tener celos de ti con recelo de desagradarte, y llego a pensar que es la mayor impertinencia de este mundo permitirme yo censurarte.

Me convenzo muchas veces de que no debo expresarte, como lo hago, sentimientos que rechazas.

Hace mucho rato que un oficial espera esta carta.

Hice el firme propósito de escribirte de manera que la pudieses leer sin aburrimiento. Pero va bien extravagante. Debo cerrarla ya.

¡Ay, que no me siento con fuerzas para hacerlo! Me parece que te hablo cuando estoy escribiéndote, y que de algún modo estás conmigo.

La primera que te escriba no será tan extensa ni tan importuna.

Puedes abrirla con esta certeza.

Seguramente no debo hablarte de una pasión que te disgusta, y no te hablaré más de ella.

Dentro de pocos días va a hacer un año que me entregué por entero a ti sin escrúpulos.

Muy ardiente y muy sincera me parecía tu pasión. Ni por sombras podía imaginar que tanto enojo te causasen mis favores que te obligasen a hacer quinientas leguas y exponerte a los peligros del mar para alejarte de mí.

De nadie podría esperarse tal cosa.

Deberías acordarte de mi pudor, de mi confusión, de mi vergüenza; pero, ¡ay de mí!, de nada te acuerdas que pueda, a tu pesar, obligarte a amarme.

El oficial que debe llevarte esta carta me manda a decir, por cuarta vez, que necesita partir.

¡Qué prisa tiene!

Abandona, sin duda, en esta tierra a alguna desgraciada...

Adiós.

Más trabajo me cuesta cerrar esta carta que te costó abandonarme, tal vez para siempre.

Adiós.

No me atrevo a llamarte con mil nombres de amor, ni a entregarme, sin tu consentimiento, a todos mis ímpetus.

Te amo mil veces más que a mi vida y mil veces más de lo que creo.

¡Cuánto te quiero y qué tirano eres!

No me escribes...

No pude reprimirme para decírtelo otra vez.

Voy a recomenzar y el oficial se marcha.

¡Qué importa? Que se vaya. Escribo más para mí que para ti.

Busco un poco de alivio para mi corazón.

Lo largo de esta carta te va a dar miedo.

No la leerás.

¡Qué hice yo para ser tan desdichada?

¡Por qué envenenaste así mi vida?

¡Ah! ¡Por qué no nacería yo muy lejos de esta tierra?

Adiós. Perdóname.

No me atrevo a pedirte que me ames.

¡Ve a lo que me ha reducido mi destino!

¡Adiós!

VII

TERCERA CARTA

¡Qué será de mí? ¡Qué quieres que yo haga?

¡Qué lejos me veo de cuanto imaginaba!

Esperaba que me escribirías de todas las tierras por donde pasaras. ¡Qué largas cartas esperaba recibir!

Creía que alimentarias mi pasión con la esperanza de volverte a ver.

Que una absoluta confianza en tu fidelidad me daría algún alivio y que quedaría así en una situación soportable, sin extremas inquietudes.

Formaba hasta ligeros proyectos de poner todo el esfuerzo de que fuese capaz en curarme, si llegaba a saber con certeza que me habías olvidado.

En tu ausencia, algunos toques de devoción, el miedo natural de perder enteramente la poca salud que me resta, con tantas vigiliias y casi tantas mortificaciones, la escasa esperanza de tu vuelta, la frialdad de tu amor, tus últimos adioses, tu partida fundada en mal forjados pretextos, otras mil consideraciones aunque no pueden ser más razonables..., ni más inútiles, parecían ofrecerme, si lo quisiese, un refugio seguro.

No teniendo que batallar más que contra mí misma, no podía, ciertamente, desconfiar de todas mis flaquezas, ni prever todo lo que padezco ahora.

¡Ay de mí, que soy digna de lástima por no poder dividir contigo mis penas y por verme enteramente sola, enteramente sola, en tanta desventura!

Me mata esta idea. Muero de terror al pensar que nunca sentirás verdaderamente el íntimo encanto de nuestros placeres.

¡Ay, sí; conozco ahora la falsedad de todos tus transportes!

Me traicionabas todas las veces que me decías que tu supremo encanto era estar a solas conmigo.

Sólo a mis importunaciones debo tus arrobos y tus arrebatos.

Concebiste a sangre fría el propósito de este incendio en que me abrasaste toda.

No considerabas mi pasión sino como una victoria, y tu corazón nunca fué profundamente penetrado por ella.

Pero no eres tú tan inocente ni tienes tan poca delicadeza de alma para no saber gozar de otra manera mis enamorados arrebatos.

Si no fuera así, ¿cómo sería posible que, con tanto amor, no haya yo podido hacerte completamente feliz?

Lloro por amor a ti las inagotables delicias que perdiste.

¿Por qué fatalidad no quisiste lograrlas? ¡Ay! si las conocieras, verías que son mucho más dulces, sin duda, que el haberme engañado, y hubieras experimentado que se es mucho más feliz, y que se siente algo más apreciable en amar violentamente... que en ser amado.

No sé ni lo que soy, ni lo que hago, ni lo que deseo.

Me dilaceran mil conmociones contrarias.

¿Puede imaginarse condición más mísera?

Te amo perdidamente, y no me atrevo a desear que te atribulen los mismos ímpetus de amor.

Me mataría o si no lo hacía moriría de pena, al cerciorarme de que no tenías reposo alguno, que tu vida era sólo desesperación y locura, que llorabas inconsolable y que todo te era odioso.

No tengo fuerza para mis penas, ¿cómo podría soportar las que me darían las tuyas, mil veces más penetrantes para mí?

Pero no puedo tampoco resolverme a desear que no me tengas en el pensamiento, y, para decirte toda la verdad, tengo celos furiosos de cuanto pueda darte contento, de cuanto pueda regalarte el corazón, de cuanto pueda complacerte en Francia.

No sé porqué te escribo.

Veo que, a lo sumo, tendrías compasión de mí, y yo no quiero tu compasión.

Me enojo conmigo misma cuando reflexiono en todo lo que te sacrificué.

Perdí la reputación.

Me expuse a que me maldijeran los míos y a la severidad que las leyes de esta tierra tienen para las religiosas; tu ingratitud me parece la mayor de las desgracias.

Y, con todo, siento que mis remordimientos no son sinceros; que yo que rría, en el fondo del alma, haber afrontado por tu amor los mayores peligros, y que me enorgullece un placer funesto de haber aventurado mi vida y mi honra.

¿No debía ponerte a tu disposición todo lo que tenía de más precioso?

Dime si no debo sentirme satisfecha por haberlo empleado como lo hice.

Me parece hasta que estoy contenta con mis penas y con el exceso de mi amor, aunque, ¡pobre de mí! ya que no pueda hacer cuenta de estar contenta de ti.

¡Vivo!... ¡Qué infiel soy! ¡Y hago tanto para conservar la vida como para perderla! ¡Ay! ¡Muero de vergüenza! ¿Crees que mi desesperación está solo en mis cartas?

Si te amase tanto, tanto como te he dicho mil veces, ¿no me hubiera muerto hace mucho tiempo?

¡Te he engañado!

Tú eres el que debe quejarse de mí. ¡Ay! ¿Por qué no te quejas, amor mío?

Te vi partir; no puedo esperar verte volver, y, a pesar de todo, respiro.

¡Te hice traición!

¡Imploro que me perdones!

Pero no; no me perdones, te lo suplico.

Trátame severamente.

No creas que mis sentimientos son bastante intensos.

Sé más difícil de contentar.

Dime que quieres que me muera de amor por ti.

Te exhorto a que me des ese socorro para que yo venza la flaqueza de mi sexo y acabe con todas estas resoluciones con un acto de verdadera desesperación.

Un fin trágico te obligaría a pensar muchas veces en mí.

Mi memoria te sería cara y te conmovría esta muerte extraordinaria.

¿No valdría más que el estado a que me redujiste?

Adiós.

¡Cómo desearía no haberte visto nunca!

¡Triste de mí!, que siento vivamente la impostura de esta idea y conozco que estimo más bien ser desventurada, amándote, que no haberte visto jamás.

Me resigno, pues, sin murmurar a mi mala suerte, porque tú no quisiste que fuera mejor.

Adiós.

Prométeme condolerte cariñosamente si yo muriera de pena, y que, al menos, la vehemencia de mi pasión te dé el disgusto y la repulsión de todo.

Este consuelo me basta, y si es fatal que para siempre te abandone, quisiera, al menos, no dejarte para otra.

¿No serías refinadamente cruel si te sirvieras de mi desesperación para hacerme más amado y para que te vanaglories de haber encendido la mayor pasión que hubo en el mundo?

Adiós, otra vez.

Te escribo cartas muy largas.

Lo sé.

No tengo atención contigo.

Te pido que me perdones si oso esperar que tengas alguna indulgencia para con una pobre loca que no lo era antes de amarte.

Adiós.

Me parece que te hablo demasiado de este estado insoportable en que me encuentro.

Pero te agradezco, desde el fondo del corazón, las mortificaciones que me causas, y aborrezco la tranquilidad en que vivía antes de conocerte.

Adiós.

¡Mi pasión crece a cada instante!

¡Ay, cuantas cosas tenía que decirte aún!

VIII

CUARTA CARTA

Es verdaderamente una gran violencia la que me hago tratando de hacerte comprender, escribiéndote, los sentimientos de mi corazón.

¡Qué feliz sería si los pudieses valuar por la vehemencia de los tuyos!

Pero no puedo fiarme en ti, y no puedo tampoco dejar de decirte, aunque me nos vivamente de lo que lo siento, que no debías mortificarme tanto, tanto, que ese olvido que me enloquece y que hasta constituye una vergüenza para ti.

Es muy justo, al menos, que soportes los lamentos de esta desolación que yo preveí en seguida, viéndote resuelto a dejarme.

Sé muy bien que me ilusioné pensando que tendrías para conmigo un proceder más leal del que es costumbre, porque, en suma, el exceso de mi amor parece que me elevaba por cima de todas las sospechas, y que merecía más fidelidad que de ordinario se encuentra.

Pero el propósito que tenías de traicionarme, venció a la justicia que debías a cuanto hice por ti.

No dejaría de ser desventurada si me amases sólo porque yo te amo.

Quisiera deberlo todo solamente a tu espontánea inclinación.

¡Pero qué lejos estoy de eso, que hasta han pasado seis meses sin recibir ni una sola carta tuya!

Atribuyo todo esto a la ceguera con que me abandoné a tu amor.

¡No debería prever que mis delicias acabarán más pronto que mi amor?

¡Podía esperar que quedases toda la vida en Portugal y que renunciases a tu fortuna y a tu país para ocuparte sólo de mí?

Mis penas no pueden tener alivio y el recuerdo de cuanto gocé me llena ahora de desesperación.

Todos mis anhelos serán malogrados, y no te veré nunca en mi cuarto con todo aquel ardor, con todo aquel arrebato que mostrabas.

Pobre de mí que me extravió y que además conozco ahora que todos aquellos transportes, que me embriagaban la cabeza y el corazón, eran en ti apenas excitados por algunos placeres y se extinguían con ellos.

Era necesario que en esos momentos de suprema felicidad, yo pudiese implorar en mi socorro la razón para moderar el funesto exceso de mis delicias y para que me hiciese, entrever cuanto padezco ahora.

Pero me entregaba toda a ti, amor mío, y no me hallaba en condición de cuidar de lo que había de envenenar mi contento, cuando gustaba plenamente las muestras ardientes de tu pasión.

Me deleitaba mucho sentirte conmigo, para que pensase en que un día te apartarías de mí.



Me acuerdo, con todo, de haberte dicho algunas veces que me hacías desgraciada, pero estos terrores desvaneciáanse rápidos, y sentía gusto en sacrificártelos, abandonándome al encanto y a la alevosía de tus pretextos.

Veo claramente cuál podría ser el remedio para todas mis penas.

De ellas me libraría en cuanto te dejase de amar. ¡Pero, ay de mí! ¡Qué remedio!

No, prefiero sufrir más aún a olvidarte.

¿Depende esto de mí?

¡Si no puedo reprenderme de haber imaginado, un momento siquiera, no continuar amándote!

Aun más digno de lástima eres tú que yo, porque más vale penar todo cuanto sufro, que gozar los lánguidos placeres que han de darte tus amantes en Francia.

No envidio tu indiferencia y me das lástima.

Te desafío a olvidarme por completo.

Me precio de haberte puesto en estado de no poder tener, sin mí, sino placeres imperfectos, y soy más feliz que tú, porque más ocupada ando en este amor.

Me hicieron hace poco portera del convento.

Todas las personas que me hablan me creen loca. No sé lo que les respondo, y es necesario que las monjas estén tan locas como yo para juzgarme capaz de un empleo.

¡Cómo envidio la suerte de Manuel y de Francisco! ¡Por qué no estoy yo como ellos siempre contigo?

Te hubiera seguido, es cierto, te hubiera servido, pero extremosamente.

No apetezco en el mundo nada más que verte. Acuérdate, al menos, de mí.

Me contento con tu recuerdo, pero no tengo la certeza de él.

No limitaba a tan poco mis esperanzas, cuando te veía todos los días, pero me enseñaste a someterme a todo lo que querías.

No me arrepiento, a pesar de todo, de haberte adorado.

Me encanta que me sedujeses.

Tu ausencia rigurosa, eterna tal vez, no disminuye en nada la vehemencia de mi amor.

Quiero que toda la gente lo sepa, no hago misterio de él, me precio de haber hecho todo lo que hice por ti, contra toda especie de decoro.

No hago consistir mi honra y mi religión sino en amarte perdidamente toda la vida, ya que comencé a amarte.

No te digo estas cosas para obligarte a escribirme. ¡Ay, no te violentes!

No quiero de ti sino lo que espontáneamente venga y rechazo todas las muestras de amor con que puedas excusarte.

Sentiré gusto en disculparte, porque tal vez tengas placer en no darte la incomodidad de escribirme, y siento una profunda inclinación para perdonarte todas las faltas.

Un oficial francés tuvo la caridad de hablarme de ti esta mañana, durante más de tres horas.

Me dijo que la paz de Francia estaba hecha.

¿Siendo así no podrías venir y llevarme a Francia? Pero no lo merezco. Has lo que quieras.

Mi amor no depende ya del modo de tratarme. Desde que partiste no tuve un solo momento de salud ni siento alivio sino en repetir tu nombre mil veces al día.

Algunas monjas que saben el estado lastimoso en que me lanzaste, me hablan de ti muchas veces.

Salgo lo menos posible de mi cuarto, donde tantas veces estuviste, y estoy siempre contemplando tu retrato, que me es mil veces más querido que la vida.

Me da esto algún alivio, pero me da también mucha pena, cuando pienso que tal vez no te vea más.

¿Cómo será posible que no te torne a ver?
¿Me abandonarás para siempre?
Me mata esta idea.
Tu pobre Mariana no puede más.
Me siento desfallecer al acabar esta carta.
Adiós, adiós.
Ten piedad de mí.

IX

QUINTA CARTA

Le escribo por la última vez y espero hacerle percibir, en la diferencia de los términos y en la manera de esta carta, que logró convencerme, finalmente, de que no me amaba ya y que así, yo también debo dejar de amarlo.

Le enviaré por el primer portador que haya cuanto me resta del señor.

No tema que le vuelva a escribir.

No seré yo quien escriba su nombre en la encomienda.

Encargaré de todo a doña Brites.

A muy diferentes confidencias la habité yo.

Los cuidados de ella le serán menos sospechosos que los míos.

Ella tomará las precauciones necesarias para que yo quede cierta de que el señor recibió el retrato y las pulseras que me diera.

Quiero, pues, que sepa que me siento hace días perfectamente dispuesta a quemar y a despedazar todas las prendas de su amor, que tan queridas me eran.

Le he demostrado tanta debilidad, que naturalmente no creará que yo pueda tornarme capaz de ese extremo. ¿No es verdad?

Prefero gustar toda la pena que tuve en separarme de ellos, y hacerle sentir, al menos, este pequeño despecho.

Le confieso, para vergüenza mía y suya, que me hallé más presa de lo que quiero contarle, de esas bagatelas, y que sentí que me eran nuevamente precisas todas mis reflexiones para separarme de cada objeto, aunque me complacía en no tener nada que ver con el señor.

Pero, en suma, con tan buenas razones como las que le debo, se consigue siempre llegar al fin que se quiere.

Púselo todo en las manos de doña Brites. ¡Cuántas lágrimas me costó esto!

Después de mil penas y de mil contradicciones, que no imagina y de las que no le daré cuenta, exigí de esta amiga que no me hablase más de esos objetos, que no me los volviese a dar aunque yo se los pidiese para contemplarlos otra vez, y que, en fin, se los enviase sin siquiera prevenirme.

No comprendí bien el exceso de mi amor sino cuando quise emplear todas las diligencias para curarme de él, y creo que no osaría intentarlo si hubiera podido prever tantas dificultades y tamaña violencia.

Estoy convencida de que sentiría emociones menos penosas amándolo, ingrato como es, que dejándolo para siempre.

Vi que me era menos querido que mi pasión y tuve penas disconformes en combatirla, hasta después que los ruines procedimientos del señor me lo tornaron odioso.

El orgullo natural de mi sexo no me ayudó a tomar ninguna resolución contra sí.

¡Triste de mí!

Sufrí sus desprecios, hubiera soportado su aversión, devoraría conmigo los celos que me hubieran inspirado su afición por otra.

Al menos me sentiría afrontada por un sentimiento vivo. Pero su indiferencia me es insoportable.

Sus impertinentes protestas de amistad y las ridículas finezas de su última carta me hicieron ver que el señor recibió todas las que le escribí y no le causaron ninguna impresión.

¡Y las leyó!

¡Ingrato!

Muy loca soy en afligirme aún por no poder ni quejarme de que no hubiesen llegado a sus manos, de que no se las hubieran entregado.

Abomino su franqueza.

¿Le pedí, por ventura, que me dijese sinceramente la verdad?

¿Por qué no me ha dejado mi pasión?

Bastaba que no me escribiese.

¿No me bastaba el infortunio de no haber podido obligarlo a tomarse el trabajo de engañarme y de ya no poderlo disculpar?

Sepa que me convengo de que es indigno de todos mis sentimientos y que ahora conozco todas sus ruines cualidades.

Si cuanto hice por el señor puede merecerle alguna consideración por los favores que le pido, le imploro que no me escriba más y que me ayude a olvidarlo enteramente.

Si me mostrase, por fría que fuese, que tuvo algún pesar al leer esta carta... podría tal vez creerlo. Y al ver su confusión y su contrición me dices pena y todo podría inflamarme de nuevo.

Por piedad le pido que no se ocupe de mi vida. Destruiría, sin duda, todos mis proyectos, de cualquier forma que se quisiese entrometer en ella.

No quiero saber el resultado de esta carta. No perturbaré el estado que me preparo.

Me parece que puede darse por satisfecho con los males que me causó, fuese cual fuese el intento que formara de hacerme desgraciada.

No me arranque de mi certeza. Espero hacer de ella, con el tiempo, algo parecido a la paz del corazón.

Le prometo no odiarlo. Desconfío mucho de los sentimientos violentos ¡jura que me aventure a ese.

No dudo que encontraría en esta vida un amado más fiel... ¿Pero quién me podría hacer amar?

¿Pudiera acaso envolverme la pasión de otro hombre? ¿Qué pudo en el señor la mía?

Un corazón amante no puede olvidar nunca al primero que le reveló los transportes de que era susceptible y que no conocía; todas sus íntimas emociones quedaron unidas al ídolo que para sí creó. Las primeras heridas y las primeras ideas no pueden curarse ni olvidarse. Todas las pasiones que se ofrecieran en su socorro y que, forcejearan por henchirlo y reanimarlo, le prometían vanamente una sensibilidad que él no podía volver a tener—que todos los deleites que busca, sin

ningún deseo de encontrarlos, sirven apenas para hacerle sentir profundamente que nada es tan caro como el recuerdo de sus penas.

¿Por qué me hizo conocer la imperfección y las amarguras de un afecto que no debía durar eternamente, y los tormentos que acompañan a un amor violento, cuando no es recíproco?

¿Y por qué una inclinación ciega y un destino cruel se aferran generalmente hacia aquellas personas que sólo para otras serían sensibles?

Aunque pudiese esperar cualquier recreo en nuevas relaciones, y aunque encontrase un corazón leal que me quisiera, tengo tanto dolor de mí misma que sentiría grandes escrúpulos en lanzar al hombre más infimo al estado a que el señor me redujo.

Y aunque no tenga que guardarle respetos, no podría resolverme a un cambio tan duro, aunque dependiese de mí; una mudanza que no preveo.

Procuró en este momento disculparlo y comprendió que una monja no es nada agradable, generalmente.

Me parece, a pesar de todo, que si los hombres pudiesen tener en la mano la razón cuando eligen sus amores, más se inclinarían a ellas que a las otras mujeres.

Nada les impide pensar incesantemente en su pasión; no las distraen mil cosas que en el siglo absorben y consumen los corazones.

Me parece que no será muy agradable ver a las amadas siempre distraídas en mil frivolidades, y es preciso tener bien poca delicadeza de alma para sufrir sin rabia que ellas no hablen sino de reuniones, de atavíos, de paseos.

S_e está sin cesar expuestas a nuevos celos, porque están obligadas a ser complacientes y a conversar con todos.

¿Quién puede asegurar que no sientan placer alguno en estos lances o que sufran siempre disgustadas y de mala voluntad a los maridos?

¡Ah! Cómo deben ellas también desconfiar de un amante que no les toma estrecha cuenta de todo y cree fácilmente y sin inquietud lo que les dicen, y que tranquila y confiadamente las ve sujetas a todos esos deberes de sociedad.

Pero yo no intento probarle con buenas razones que debería amarme. Pésimos medios son y mucho mejores los empleé yo y no me sirvieron.

Conozco bien mi destino para tratar de vencerlo.

Seré desdichada toda mi vida. ¿No lo era ya cuando lo veía todos los días?

Moría de susto de que me fuese infiel.

Quería verlo en todos momentos y no era posible.

Me atribulaba el peligro que el señor corría entrando en el convento.

No vivía cuando estaba en la guerra.

Me desesperaba por no ser más hermosa y más digna del señor.

Me quejaba de la molestia de mi condición.

Recelaba muchas veces que el cariño que me tenía pudiera perjudicarlo.

Me parecía que no lo amaba bastante.

Me atemorizaba, por sí, la cólera de mis parientes.

Estaba, en fin, en un estado lastimoso como el que hoy tengo.

Si me hubiera dado alguna prueba de su pasión desde que se fué de Portugal, hubiera yo hecho todos los esfuerzos por salir de aquí.

Me hubiera disfrazado para ir a buscar al señor. ¡Ay, qué hubiera sido de mí, al llegar a Francia, si me hubiese rechazado!

¡Qué escándalo! ¡Qué desatino! ¡Qué cúmulo de vergüenza para mi familia, que me es tan querida desde que no amo al señor!

Ya ve que a sangre fría conozco que podía ser aún más desgraciada de lo que me hizo.

Le hablo razonadamente, al menos una vez en la vida.

¡Cuánto debe agradecerle esta moderación!

¡Qué contento estará conmigo!

No quiero saberlo.

Le rogué que no me escribiera y se lo pido de nuevo. ¿No reflexionará nunca en la manera como me trató? ¿No pensará nunca en que me debe más obligaciones que a nadie en el mundo?

Le amé locamente.

¿Cómo lo desprecié todo!

Su proceder no es el de un hombre honrado.

Es preciso que sintiese por mí una aversión natural para que no me amase perdidamente.

Me dejé fascinar por bien escasas cualidades.

¿Qué hizo el señor que debiese encantarme?

¿Qué sacrificios hizo por mí? ¿No buscaba otros mil placeres?

¿Renunció acaso al juego y a la caza?

¿No era el primero en partir para la guerra y el último en volver de ella?

Se exponía locamente por más que yo le rogaba que por amor a mí se guardase.

No buscó el medio de quedar en Portugal, donde era tan estimado.

Una carta de su hermano lo resolvió a partir sin dudar un momento.

Supe que durante el viaje estuvo lo más contento del mundo.

Es forzoso confesar que debía odiarle mortalmente. ¡Ay! fui yo, bien lo sé, la que atrajo sobre mí todas las desgracias.

Me acostumbré en seguida a una gran pasión, con excesiva ingenuidad, y es necesario el artificio para hacernos amar.

Es necesario buscar con sutileza los medios de inflamar. El amor por sí solo no enciendra amor.

El señor lo hizo mejor: quería que yo lo amase y como formara este designio nada hubo que no hiciera por conseguirlo.

Se hubiera resuelto hasta a amarme si hubiese sido preciso.

Pero conoció que podría vencer en esta empresa sin pasión.

¿Qué perfidia!

¿Juzgó que podía engañarme impunemente?

Pero si algún acaso lo trae de nuevo a esta tierra, le aseguro que lo entregará a la venganza de mis parientes.

Viví durante mucho tiempo en un abandono y una idolatría que me da horror, y mis remordimientos me persiguen con un furor insuperable.

Siento vivamente la vergüenza de los delitos que el señor me hizo cometer, por la pasión que me impedía conocer esa enormidad.

¿Cuándo dejará de estar dislacerado mi corazón?

¿Cuándo me verá libre de este tormento cruel?

Y con todo creo que no le deseo mal al señor y que me resolvería a consentir que fuese feliz.

Pero si tiene un alma honrada ¿cómo lo puede ser?

Quiero escribirle otra carta para mostrarle que estaré, tal vez, más tranquila, dentro de poco.

Como he de complacerle en poder lanzarle al rostro su procedimiento injusto, cuando no me mortifiqué ya, tan vivamente, y en mostrarle el desprecio y la profunda indiferencia que me causa su traición, que olvide todos mis placeres y mis dolores, y que no me acuerde del señor sino... cuando quiero acordarme.

Reconozco que me lleva grandes ventajas y que me inspiró una pasión enloquecedora; pero poco puede envanecerse de eso.

Yo era joven, crédula, me habían encerrado desde niña en este convento; no vi más que gente desagradable; no oí nunca las lisonias que el señor me decía constantemente; me parecía deberle los atractivos y la belleza que ha-



llaba en mí, y en la que me hacía reparar. Oía hablar bien de sí a todo el mundo... y el señor hacía todo lo posible por despertar mi amor.

Pero, en fin, volví en mí de ese encantamiento; grandes auxilios me dió para eso y le confieso que tenía de ellos una extrema necesidad.

Devolviéndole las cartas conservaré cuidadosamente las dos últimas que me escribió; he de releerlas aún más veces de lo que leí las primeras, para no volver a caer en mi flojeza. ¡Ay, qué caras cuestan éstas y qué feliz sería yo si el señor me hubiera consentido que continuase amándolo!

Sé que aún me ocupo demasiado en mis quejas y en su infidelidad; acuérdesse, sin embargo, que me he propuesto llegar a un estado más tranquilo y que he de conseguirlo, o tomare contra mí una resolución desesperada, cuya noticia no le causará gran pesar.

Nada más quiero del señor

Soy una loca en repetir las mismas cosas tantas veces. Es necesario que lo deje y que no piense más en el señor.

Creo que no le volveré a escribir.

¿Tengo alguna obligación de darle cuenta de mi vida?"

X

Después de leer aquella última carta la duquesa de La Valliere, dejó caer el libro de la mano.

Estaba pálida, conmovida. La queja de la monja extranjera resonaba en su pecho como si fuese la voz de su propio corazón que le hablase, formulando las ideas que ella no sabía coordinar.

En su superstición creía que era un milagro, un medio de que se valía la providencia para darle aviso.

También ella había amado sincera y apasionadamente al rey. También le había sacrificado, ayuna de ambición, su reputación y su conciencia.

Ella, como la pobre monja de Beja, había vivido encerrada, absorta en su amor, en su confianza; y despertaba con la evidencia de la traición y el engaño.

Recogió el libro y volvió a leer, saltando párrafos y páginas, los conceptos que le impresionaban más.

No trató de averiguar quién había podido sustituir por aquellas cartas su devocionario. Quería aceptar el milagro.

Un odio profundo, el odio que no podía tener a su amante, se iba apoderando de su corazón por Noel de Chamilly. Lo detestaba, lo despreciaba por su traición; y, sin embargo, comprendía su desamor. Ella también había cometido el error de amar mucho. Casi envidiaba la altivez de su rival, la Montespan, que contrastaba por su orgullo, con su pasiva dulzura.

Lo mismo la duquesa que la pobre monja habían desempeñado el papel de las mujeres de harén prestando su belleza a la pasión que inspiraron.

¡Se habían entregado por completo a ella, produciendo con su exceso de amor y de caricias un rápido hartazgo!

Con las cartas de Sor Mariana en la mano, Luisa de La Valliere sentía el pánico del disgusto, del hastío, que debía sentir el hombre a quien se dirigían todos aquellos gritos del alma; que debían parecerle una cantinela monótona y fastidiosa.

Reunidas todas aquellas cartas eran de una lacrimosidad insoportable.

Seguramente Noel de Chamilly no podría resistir su lectura.

Veía claramente qué inútil y qué vano era querer recuperar un corazón que se escapa.

Valía más soportar con dignidad el olvido, viviendo del recuerdo íntimo de

las horas dichosas, merecedoras del sufrimiento, que no soportar la humillación de ser rechazada y empeñarse en una inútil persecución.

La duquesa de La Valliere pasó la noche llorando y meditando con aquel extraño devocionario en la mano. El rey no vino a llamar a la puerta de su cámara. Aquella noche nació Sor Luisa de la Misericordia.

XI

Cuando al cabo de un año volvió triunfante de Gándia el bello Noel Bouteau de Chamilly, se quedó sorprendido del éxito que las cartas de Mariana Alcoforado alcanzaban en París con el nombre de "Cartas portuguesas". Entonces comprendió la traición de la Subligny, que se vengaba de su abandono. Era su padre, el abogado Subligny, el que había traducido las cartas, que publicó el célebre librero parisiense Claudio Barbín. Los ejemplares de la obrita eran loados y buscados en todos los círculos literarios. El triunfo de las cartas que él no podía soportar, era inmenso.

El carácter íntimo de aquella correspondencia, sus confesiones cínicas, el extraordinario ruido e interés que despertaba con su forma inocente, candorosa, sin retóricas, hacían el escándalo cada vez mayor en torno de Noel. Se le señalaba como "el gentil caballero francés" que había cometido la profanación de seducir a una "esposa del Señor", y de haber consentido en lanzar su secreto a la publicidad.

La curiosidad pública, enfocada en él, descubría su situación de hidalgo pobre, y su vida de aventurero.

Noel de Chamilly no tenía más remedio que desaparecer de la corte para ir, con su prestigio de conquistador, a enamorar alguna rica heredera provinciana.

No le quedaba la posibilidad de recurrir a su protectora: Luisa de la Valliere no estaba ya en la corte. Con la duquesa desaparecía para Noel la esperanza de su marquesado y de la fortuna que se le ofrecía.

Guilleraques, al que había salido bien su intriga de las cartas, era el amigo y confidente de la futura madame de Maintenon, cuyo triunfo sobre la Montespan se iniciaba, y la bailarina Subligny, casada con un gentilhomme, era dama de la reina María Teresa.

Precisamente, pocos días antes de la llegada de Chamilly un extraño cortejo había cruzado las calles de París, dirigiéndose desde el palacio real al convento del Carmelo, fundado por discípulos de Santa Teresa, con toda la severidad propia de la santa española. Las religiosas se encerraban en celdas encaladas, estrechas, sin más decorado que un Crucifijo, ni más muebles que un lecho en forma de ataúd con colchón de paja, y sábanas de gruesa jerga.

En el cortejo figuraban dos carrozas. En la primera iba la duquesa de La Va-

lliere, lujosamente vestida, toda cubierta de joyas, acompañada por los dos hijos que había tenido del rey, y que contaban a la sazón de seis a ocho años.

En la otra carroza iban los amigos y parientes que acompañaban "el entierro". Aquella mujer de treinta años, cuya belleza rubia había seducido al rey y encantado a la corte, iba a encerrarse en el convento de las Carmelitas. Ni las súplicas del rey ni el amor de sus hijos pudieron hacerla desistir de su resolución de romper todos los lazos terrestres y buscar la absolución de sus errores y el olvido del mundo.

"Mi reverenda madre—suspiró la duquesa, arrodillándose ante la superiora—. He hecho toda mi vida tan mal uso de mi libertad, que vengo a ponerla en vuestras manos, para no recuperarla jamás." Aquella tarde misma La Valhiere cortó sus hermosas trenzas de oro, se despojó de sus galas, vistió el rudo cilicio, calzó sus pies de nieve con las groseras alpargatas de cuerda, y cambió su nombre por el de "Luisa de la Misericordia", para ser la más humilde oveja del celeste rebaño y estar desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche ocupada en los más rudos trabajos, de fregar suelos y vajillas.

Si alguna vez su piedad desfallecía, Sor Luisa leía en el devocionario, que conservaba en su celda, las cartas de amor de la monja portuguesa, y aquel lamento desesperado y humillante, levantaba su orgullo para su poema de amor, de renunciamiento y de humildad, sin caer en lo que podía conducirla a dar a su regio amante la peor de todas las sensaciones: El hastío del amor.

Carmen de Burgos
Colombine

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-has



1003016

Treinta años. A esta edad, si no ha sufrido, y como así será la primera vez, no debe decidirse a usar en seguida el agua de Flor de Oro, y evitar las canas, la caspa y la caída de cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Galdós. -49. Elestra. 53. Doña Perfecta. -58. La loca de la casa. -62. Realidad. -62. La de San Quintín. - ** Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos. -102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda. - 229. Más fuerte que el amor - 229. La princesa Bebé. -233. El dragón de fuego. -259. La ciudad alegre y confiada. - 261. La gata de Angora. - 263. La losa de los sueños.

Quiñero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio. 75. La escondida senda. -88. El niño prodigio. - ** Pepita Reyes. 236. El centenario. 257. La zagalá. - 284. El género infimo.

Guimerá. -113. María Rosa. - 114. Tierra baja. - 196. Agua que corre.

Linares Rivas. -16. El cardenal. -99. La cizaña. -101. Bodas de plata. -241. Cristobalón. - 246. Toninadas. - 250. Flor de los pazos. - 287. Sangre roja. - 292. La razón de la sinrazón... - 296. Ahoranzas.

Martinez Sierra. 29. Primavera en otoño. ** El ama de la casa.

Tamay y Daus. -136. Un drama nuevo. -209. La bola de nieve. -186. Lances de honor. -149. La locura de amor. -177. Lo positivo. 214. Virginia.

Dicenta. 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal. -30. El crimen de ayer. -60. Daniel. -69. Amor de artistas. -77. Aurora. - 92. Luciano. ** Juan José.

Zorilla. - 188. El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey. -131. Sancho García. -148. El puñal del Godo. -171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villanueva. -10. El Rey galao. - 23. Aben. Humeya. - 3. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla. -217. El Halconero. ** El Alcazar de las Perlas. -28. La Gioconda. -354. La maja de joya.

Marquina. - 184. En Flandes se ha puesto el sol. -182. Doña María la Brava. - 201. El retablo de Agreñano. -203. Las hijas del Cid. -195. El Rey trovador.

R. mo. Carrión. - 84. El noveno mandamiento. -88. La tempestad. -95. La Bruja. -155. La muela del juicio. -104. El bigote rubio. - 106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad. -123. Los señoritos. -215. La criatura. -90. La Marsellesa. -271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Guo. -22. Franfort. - 33. La Rebotica. - 36. Cien años exactos. -39. La Praviána. - 45. Parada y fondo. -56. Tiqui y Miquis. -63. La sala de armas. - 167. Las codornices. -137. El sueño dorado. -125. El matrimonio interino. -225. Llovido del cielo. -197. El señor cura. -198. El sombrero

de capa. -119. Con la América a otra parte. -101. El afinador. -230. Pereofito.

amo. Carrión Vital Guo. -147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. - 183. Robo en el poblado. -151. El padrón municipal. - 110. El oso muerto. -132. La ocasión la pintan calva. -118. El rey que rabia.

Escobar (Miguel). -44. La lejecita. -59. Gigantes y cabezudos. -76. El día de la Africana. 91. La Rabalera. - 115. Los demonios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 163. Los Hugonotes. -120. Entre parientes. -111. El octavo, no mentir. -303. Juegos malabares. -305. Meterse a redentor. -307. La manija escasala.

Arriches. -2. La sobrina del cura. -11. La casa de Quirós. -19. Las estrellas. -20. Doloretas. -21. La señorita de Trevetez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. - 262. La chica del gato. - 283. La heroica Villa. -285. Es mi hombre. -286. La pobre niña. -289. Los carques. - 288. La hora mala. 302. (Que viene mi marido!

Arriches-García Alvaraz. - 15. Alma de Dios. -17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez. -78. El fresco de Goya. - 83. El método Górritz. -87. El cuarto de Pons. -97. Mi papá. -124. El pollo Tejada. -123. El perro chico. -105. Gente mendica. -122. El príncipe Casto.

García Alvarez Muñoz Seca. - 8. El verdugo de Sevilla. -12. Fúcar XXI. -34. La frescura de afuente. -51. El último Bravo. -56. Los cuatro Robinsons. -64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca. -270. La plincha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278. La cartera del muerto. - 280. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo. -193. Faustina. - 283. Los misterios de Laguarda. -291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 287. Pepe Conde o el moir de las estrellas. -208. La fórmula K3. -73. Trampa y cartón. -27. López de Coria. -187. Los amigos del alma. - 254. Un drama de Calderón. - 260. Martinzalas. - 252. Trianeras. -263. La hora del reparto. - 255. El parque de Sevilla.

Pase Abati. -13. El río de oro. -40. El gran tacahó. -116. La divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios. 74. La corte de Faradón. -80. La manta zamorana. - 81. Pedro Giménez. - 89. La Generala. - 93. Pepe Gallardo. - 108. El Húsar de la guardia. -142. Enseñanza libre. - 218. Certamen Nacional. - 194. Cuadros disolventes. -150. La tierra del Sol. -225. Las mujeres de don Juan. - 146. El País de las Hadas. - 249. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Trata de blancas. -3. El místico. -4. Los semidioses. -5. Las cacatuas. -18. El hombre que asesinó. -26. La eterna víctima. -28. Jimmy Samson. -31. El misterio del cuarto amarillo. -35. Primerose. -38. Raposo. - 41. Mirandolina. -42. Genio y figura. -47. Petit-Café. -48. Los Noveleros. -54. La Tizona. -56. Miquette y su mamá. -67. Los gemelos. -66. La cena de las burlas. -100. Franz Hallers. - 106. La

Tosca. -126. La Na de Carlos. -112. Fedora. -117. El oscuro dominio. -121. Los gansos del ca.
 128. El director general. -133. ¡Tocino del cielo! -134. Militares y paisanos. -136. Muérete, y
 veras! -139. Jarabe de pico. -140. Papá Lebonnard. -143. El Revisor. -144. Bissco Jimeno. -145. El
 crimen de la calle de Leganillos. -146. Lo que ha de ser. -152. Don Francisco de Quededo. -153. La
 Cielón. -156. El amor vela. -160. La señorita de almacén. -164. El ladrón. -166. La pesca del millón.
 167. El señor Duque. -169. El gobernador de Urbequeta. -173. Jettatore. -180. Situaciones cómicas
 en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros. -190.
 El duelo. -192. Los amantes de Teruel. -198. La Canastilla. -199. Marcela, o ¿a cuál de los tres?
 206. La historia del don Juan Tenorio. -207. Un negocio de oro. -208. También la corregidora es
 guapa. -210. Mister Beverley. -212. La dama de las camelias. -215. Hamlet. -216. La caracterización
 y las morcillas. -220. Los piropo. -221. El Gavilán. -224. Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227.
 El soldado de San Marcial. -228. Judián. -230. El velo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca.
 232. En el cencer. -237. El puesto de antigüedades de Baldomero Prgés. -238. Don Gil de las Calzas
 verdes. -241. El arte de declamar. -242. Zazá. -243. La casa de la Troya. -244. Juventud de príncipe.
 245. El mayor monstruo, los celos. -247. Magda. -248. La moza de cántaro. -251. A secreto agravio,
 secreta venganza. -264. Mi salvador. -269. La tierra. -272. La República de la broma. -279. Ge-
 rineldo. -283. Los pollos bien. -289. La clave de sol. -300. Frutería de Frutos. -304. ¿Que no lo sepa
 Fernando! -306. A los XII. -308. Santa Isabel de Ceres. -308. La luna de la sierra. -310. ¡Si fué
 don Juan Andaluz!... -311. Margarita la Tanagra. -313. Constantino Pía. -315. Mi marido se aburre.
 316. El pobre Rico. -317. Larrea y Lamata. -318. La caseta de la feria. -320. Melchor, Gaspar y Bal-
 tasar. -321. La Presidenta. -322. El caudal de los hijos. -323. El cuarto de Gálina. -325. La casa de
 Salud. -326. El madraida de la cunera. -327. Las m. cedadas del Cid. -328. El cerdo de Avilés. -329.
 La fiesta verde. -330. El hombre de las diez mujeres. -331. Alcalá de los canchales. -332. Arsenio
 Lupin. -333. La loca aventura. -334. Las superhebras. -335. La extraña aventura de Martín Pe-
 quet. -336. Flor de Córdoba. -337. Los malcasados. -338. El segundo marido. -339. El amigo de las
 mujeres. -340. El tiempo de las cezas. -341. Nick Carter. -342. La reconquista. -343. Embrujamiento.
 -344. Gloria. -345. Pedro Fierro. -346. Nuestro enemigo. -347. Currito el de las quitarras. -
 El gordo de Navidad. -348. El desconocido. -349. Las urracas. -351. Amo y criado. -352. El convento
 de Vergara. -353. La otra vida. -355. El examen de mandos. -356. El valiente capitán. -357. Renamor.
 -358. El Licenciado Vidriera. -359. La hermosa fea.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana. -22. Estelita la Rubiales. -46. La alegría de la huerta. -52. La marcha
 de Cádiz. -61. El chico del cafetín. -68. Los cadetes de la reina. -72. La Tompranca. -79. El niño
 ludío. -94. El padrino de «El Nene». -85. La balsa de aceite. -96. El señor Joaquín. -127. Tonadillas
 españolas. -158. Cantables célebres de zarzuelas. -159. Ninón. -161. Los pendientes de la Trini.
 -162. Pancho Virondo. -165. La boda de Cayetana. -168. Las Corsarias. -170. La Chicharra. -172. El
 nido del prin inal. -174. La Madrina. -175. Chistes célebres de comedias. -176. La suerte de Salustiano.
 -184. La tragedia de Lavina. -202. La canción del olvido. -205. El As. -204. La suerte perra.
 -211. Tonadillas españolas (2.ª parte). -235. El Príncipe Carn val. -235. Don Lucas del Cigarral.
 -258. La novitera. -262. Matías López. -265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte). -266. Tonadillas
 y tonadilleras españolas (4.ª parte). -274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte). -
 277. El chaleco blanco. -281. La Hija de Parra. -290. El Avapico. -294. Chiribitas. -295. Tonadillas y
 tonadilleras españolas (6.ª parte). -297. La cartujana. -301. El corto de genio. -312. Arco Iris.
 -314. El gran Baía. -319. Lola Montes. -324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte). -350. Tonadillas
 y tonadilleras españolas (8.ª parte).

Número atrasado: 10 céntimo sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

FLIRT

REVISTA FRIVOLA

FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de sus colaboradores artísticos y literarios, merece ser leída en España.

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3.ª partad

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA. SEMESTRE, 8 PESETAS.-A. O., 15 PESETAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

30 cts.